

que se había apoderado de la capital, si se tiene en cuenta la gran extensión del territorio. Y aun así, el problema de la conservación de la conquista, no era fácil de resolver. Por otra parte, la Europa jamás se unió con indiferencia que los Estados Unidos se anexasen de repente la república mejicana, y todas estas consideraciones, que no se ocultaban al gobierno de Washington, hacen que se encontrase dispuesto a la paz, siempre que las condiciones para las cuales se estipulase, pudiesen ser aceptadas.

XI.
La paz.—Herrera.—Santana.

Los deseos de la paz eran generales en todos los partidos. La capital y los principales puertos del golfo de Méjico permanecían en manos de los enemigos, y el país no contaba con esa energía que triunfa de todos los obstáculos, las ideas de independencia se habían ido oscureciendo en medio de la anarquía interior, de las luchas intestinas, del espíritu militar que dominaba en el país. Podía decirse que en Méjico no existía el pueblo, que defiende sus hogares con un heroísmo y abnegación capaz de luchar contra todos los obstáculos, que no cede ante ningún sacrificio, porque defiende las ideas que forman su personalidad, su modo de ser, su religión, sus leyes, sus instituciones, sus costumbres.

En aquel país tan trabajado por las revueltas po-

líticas, la religión se había convertido en un instinto supersticioso; las leyes, como no estaban encarnadas en las costumbres, eran conculcadas por el poder encargado de aplicarlas; las costumbres no presentaban ese sello de homogeneidad, que forma el carácter de un pueblo, y le da unidad de miras y de sentimientos, y por esta razón, no había que esperar un poderoso sacudimiento nacional, que rechazase al extranjero, librando a la república de su bochornosa dominación.

Era por lo tanto necesario recibir la ley del vencedor y someterse á los sacrificios que quisiera imponer. Santana, que según hemos visto, se había defendido hasta los últimos momentos, en vista de las circunstancias en que el país se encontraba, y conociendo que su permanencia en el poder, se oponía á las transacciones diplomáticas, únicas que por entonces podían librar al territorio mejicano del yugo extranjero, presentó su dimisión, viéndose obligado á huir perseguido por el nuevo poder, que le achacaba en gran parte las calamidades de que era víctima la república. A la caída de Santana fué elevado al poder interinamente el presidente del Tribunal Supremo de Justicia, Peña y Peña, á quien correspondía este puesto, según precepto de la misma Constitución del país, y bien pronto el nuevo poder entró en negociaciones con el general Scott, que exigía la cesión de una gran parte del territorio de Méjico, como medio de terminar aquellas diferencias.

Peña y Peña deseaba la paz tanto por lo menos como el gabinete de Washington, pero no desplegó en aquella difícil ocasión, toda la habilidad y energía necesaria para hacerla menos onerosa á sus ciudadanos. Viendo que el plenipotenciario norteamericano, presentaba como circunstancia *sine qua non* de la paz, la cesion de cerca de la mitad del territorio, y observando por otra parte el estado deplorable de las rentas públicas, redujo la cuestión á una indemnizacion pecuniaria, y cediendo en el punto principal, el asunto versó solamente acerca de la cantidad que la república habia de recibir, como indemnizacion por sus sacrificios.

El término de las conferencias de Guadalupe, lugar en donde se abrieron las negociaciones entre los plenipotenciarios de las dos partes beligerantes, fué la cesion de una gran parte del territorio á los Estados-Unidos, mediante una indemnizacion de quince millones de piastras.

Este tratado fué ratificado por las cámaras reunidas en Queretaro, punto á donde habia trasladado el gobierno el nuevo presidente Peña y Peña. Sin embargo, tan pronto como se decidió la retirada de las fuerzas norteamericanas, y el país quedó en circunstancias casi normales, era necesario restablecer la legalidad, y dar un carácter de solidez y estabilidad á la presidencia.

Herrera, que habia sido destituido violentamente por Paredes, antes de terminar el tiempo de su presidencia fué llamado al poder, y el partido con-

servador adquirió de nuevo su perdido influjo. Todos esperaban que el gobierno, instruido por las calamidades pasadas, trataria de poner coto á los abusos de una administracion viciosa, estableciendo el poder sobre bases sólidas y normales, que pudiese abrir una nueva era de prosperidad y bienandanza á tan desdichado país. Sin embargo, estos cálculos, por bellas que fuesen las esperanzas que envolvian, quedaron frustrados. Herrera, durante la segunda época de su poder, no demostró energía alguna para establecer serias reformas, los inveterados abusos continuaron con la misma fuerza. La malversacion constante de los fondos públicos, la venalidad de la magistratura, los impuestos forzosos, que disgustaban al país, y que solo servian para las dilapidaciones á que se entregaba el poder, el predominio del militarismo, todas estas calamidades y otras muchas, que no referimos, por no hacer interminable esta enumeracion, todas, repetimos, continuaron, y lo que es peor aun, en mayor escala.

El partido clerical, que habia estado á punto de perder la principal fuente de su poder, á causa de los planes desamortizadores de Gomez Farias, manifestaba ahora visiblemente su odio por los liberales, y si bien la república, á costa de grandes sacrificios, habia logrado verse libre de los enemigos exteriores, estaba muy lejos de haber conquistado la tranquilidad necesaria, para caminar con segura planta por el camino de las reformas á la realiza-

cion de un estado mas soportable que el que disfrutaba. Así es que ningun hecho importante señaló la segunda época de la presidencia de Herrera, si se exceptúa la persecucion contra los liberales, á que le lanzaba, mas que su propia intolerancia, las sugerencias de sus partidarios.

Al terminar el tiempo de la presidencia de Herrera, el general Arista, que habia sido ministro de la Guerra, fué el elegido para ocupar la suprema magistratura de la república. Arista contaba con bastante popularidad, y su advenimiento al poder fué tenido como un augurio feliz para la prosperidad de la nacion. Sin embargo, los ciudadanos se vieron burlados en sus propias esperanzas. Arista era muy inferior á la importancia del cargo que desempeñaba, tanto mas, en un país que necesitaba á toda costa una dictadura atrevida é ilustrada á la vez.

Jamás presidente alguno habia gozado á su advenimiento de mayor poder moral, era dictador de hecho, y podia intentar con entera confianza todas las reformas, que reclamaba imperiosamente la administracion del poder, sin que en el desarrollo de sus planes tuviese que alimentar el menor recelo de oposicion al libre ejercicio de su soberanía. Sin embargo, no se atrevió á asumir en su persona toda la responsabilidad, continuando como presidente constitucional, y esperando de las cámaras lo que el país solo esperaba de él.

Si en un principio le hubiese sido muy fácil to-

mar una vigorosa iniciativa, bien pronto la cámara, compuesta en su mayor parte de nulidades, se acostumbró á usar ilimitadamente de su poder, rechazando los proyectos del presidente de un modo instintivo, que disgustaba profundamente todos los ánimos, preparándolos de nuevo para otra insurreccion.

Dos años trascurrieron en medio de esta lucha mezquina, sin resultado alguno, sin que ninguna de las llagas que afligian al país se curase, sin que ningun abuso se corrigiese, y sin que ninguna cuestion importante, ni diplomática, ni administrativa, se decidiese. El sistema de Arista era el infecundo de ganar tiempo, y dejar trascurrir el plazo de la presidencia en medio de una inaccion que no remediaba nada, y que prolongaba indefinidamente el mal.

Bien pronto el descontento general empezó á tomar serias proporciones, presentándose los síntomas de una inmediata insurreccion. En efecto, en julio de 1852, se sublevó la ciudad de Guadalajara contra el gobierno de Arista, invocando el nombre de Santana. La rebelion contaba con muchas probabilidades de buen éxito, á causa de los cortos elementos militares, de que podia disponer el gobierno. Despues de la evacuacion del territorio de la república por las tropas norte-americanas, el ejército no se habia organizado, pues se habia conocido que era mas perjudicial que beneficioso al país; pues al paso que era un elemento constante de luchas y discordias civiles, era insuficiente por otra parte

para garantir la independencia nacional, en los momentos en que estaba comprometida.

La revolucion, pues, no encontró obstáculo alguno en su desarrollo, y bien pronto, habiendo acogido bajo su bandera todos los militares del ejército desorganizado, se encontró en estado de triunfar de toda clase de resistencia. Arista, pues, se vió en la necesidad de abandonar la presidencia; Santana fué nuevamente llamado al poder, y dejando á Cartagena, en donde se habia refugiado, volvió á tomar las riendas del gobierno en el mes de abril de 1853.

Esta vez, Santana debia presentarse bajo un nuevo aspecto, habia recorrido en las distintas épocas en que disfrutara de la presidencia, toda la escala de los diversos partidos. Conservador unas veces, federalista otras, unitario en unas ocasiones, en otras partidario de las doctrinas mas avanzadas y radicales, acogiése esta vez al único partido que le faltaba por recorrer, al partido ultra-clerical.

Si pudiera haber quedado alguna duda acerca de sus verdaderas intenciones, bien pronto la composicion de su gobierno las disipó todas. Sus ministros principales fueron Alaman, Bonilla y Larez, gefes del partido monárquico y ultra-religioso.

Como se vé, no era la consecuencia política la virtud de Santana, el que á la posesion del mando sacrificaba sus afecciones políticas, si las tenia, cuidándose muy poco del sistema de gobierno, con tal que consiguiese perpetuarse en el poder. En otra

ocasion ya le hemos visto disfrutar de la dictadura; pero, sin embargo, por mucho que pudieran halagar sus instintos despóticos, su poder sin límites, le era menester tambien satisfacer sus deseos de rodearse de cierta pompa y aparato, que se avenia muy mal con las costumbres democráticas que predominaban en el país.

Uno de los primeros actos de Santana, fué abolir la federacion de Estados, haciéndose en seguida conferir el título de Alteza Serenísima; y no contento con esto, restableció la orden de caballería de Guadalupe, instituida por Iturbide durante su imperio, estableció los jesuitas, espulsados de Méjico, como de las demás colonias españolas, á mediados del siglo pasado, y finalmente, como complemento de este nuevo sistema, restringió á sus menores límites la instruccion pública.

Esta marcha de gobierno, estaba en abierta oposicion con las ideas que dominaban en el país, por cuya causa era menester darle una base poderosa de sustentacion, un elemento fuerte de poder. Santana no vaciló, y dirigió todos sus cuidados á la organizacion del ejército.

En esta organizacion, con el objeto de satisfacer todas las exigencias de sus partidarios, se hicieron doce mil nuevos nombramientos de oficiales de todas clases, recargando los cuadros del ejército, ya antes de esta época demasiado numerosos.

La situacion, segun vemos por la marcha política que se habia trazado, y fundándose, antes que

en la opinion pública, en un ejército numeroso, debia ser, y lo era en efecto, sumamente costosa. Para subvenir á sus necesidades, el gobierno no contaba con lo necesario, aunque gravitase pesadamente sobre el país por medio de escesivas contribuciones, y agotadas estas y los empréstitos forzosos, era necesario buscar nuevos recursos, por medios en gran manera ruinosos.

El poder, sin embargo, no solo tenia que luchar con el descontento público, con el instinto de subordinacion, tan desarrollado en el país, con las ambiciones de los distintos partidos, sino tambien, con las aspiraciones de absorcion de los norte-americanos. Santana habia logrado dar alguna solidez á su poder, tanto por los talentos militares que se le suponian, cuanto por su larga vida pública; pero le faltaba la iniciativa necesaria, para dominar la situacion, para establecer el poder sobre bases sólidas y seguras, creando un sistema que estuviese á la altura de las circunstancias, que removiese los obstáculos principales que se oponian á la pública prosperidad, ganándose de esta suerte la opinion por medio de una dictadura ilustrada, y que caminase de concierto con los intereses de la república.

Todo lo mas que supo hacer, y eso por instinto de propia conservacion, fué organizar algun tanto el ejército, que mas bien que en la defensa del país, se ocupaba solo en actos de ostentacion exterior, y en rodear al presidente de cierta magestad, que es-

taba en contradiccion con el deplorable estado del país.

El clero volvió tambien á adquirir gran influencia en el manejo de los negocios públicos, reconquistando las antiguas preeminencias, que el partido radical, llevado quizás de un espíritu demasiado revolucionario, le habia arrebatado bruscamente. Escusamos añadir, que la federacion fué abolida, poniéndose en práctica un sistema centralizador.

Pero ninguna reforma de las que introdujo Santana, se encaminaba rectamente á satisfacer una necesidad apremiante, ni mejorar ningun ramo de la pública administracion. En aquel continuo vaiven de los partidos, en aquel perenne tránsito de la reaccion mas extrema á la mas radical revolucion, continuaban siempre los mismos abusos, las mismas depredaciones en el poder, las mismas faltas en la administracion, la misma incuria en todo. El poder cambiaba de mano con frecuencia, pero sus mejoras se reducian á destruir por completo los hechos de los gobiernos contrarios, dejándose guiar por esto, mas bien que de un sano criterio, del mas ciego espíritu de partido. Los hombres variaban, su significacion política era distinta; las cosas, sin embargo, continuaban del mismo modo.

Claramente se comprende, que con semejante sistema, la gran masa de la poblacion perdia siempre, veia acrecentarse continuamente los impuestos, la deuda nacional crecer de un modo desmesurado, y estas tristes circunstancias, llevaban el escepticismo